

APRENDER LEYENDO

*Filosofía, educación liberal y moderación política
en el pensamiento de Leo Strauss*

BIBLIOTECA DE HUMANIDADES SALMANTICENSIS 69

SERIE PENSAMIENTO

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

José Luis Fuertes Herreros. Universidad de Salamanca. España

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Juan Arana. Universidad de Sevilla, España

Enrique Bonete. Universidad de Salamanca, España

Antonio Campillo, Universidad de Murcia, España

José Luis Cantón, Universidad de Córdoba, España

Mário Santiago de Carvalho, Universidade de Coimbra, Portugal

Florencio-Javier García Mogollón, Universidad de Extremadura, España

José María Maestre, Universidad de Cádiz, España

Martín González Fernández, Universidad de Santiago de Compostela, España

José María Maestre Maestre. Universidad de Cádiz

José F. Meirinhos, Universidade do Porto, Porto

Luis Merino Jerez. Universidad de Extremadura, España

Juan Antonio Nicolás, Universidad de Granada, España

Javier Peña, Universidad de Valladolid, España

Rafael Ramón Guerrero, Universidad Complutense de Madrid, España

Luis Enrique Rodríguez-San Pedro, Universidad de Salamanca, España

Salvi Turró i Tomás, Universitat de Barcelona, España

JORDI FEIXAS I ROIGÉ

APRENDER LEYENDO

*Filosofía, educación liberal y moderación política
en el pensamiento de Leo Strauss*

EDITORIAL SINDÉRESIS

2025

**Aprender leyendo. Filosofía, educación liberal y moderación política
en el pensamiento de Leo Strauss**

© Jordi Feixas i Roigé

© 2025, Editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 979-13-87929-21-3

Depósito legal: M-24439-2025

Primera edición: noviembre de 2025

Impreso en España - Printed in Spain

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Portada: El autor de la imagen original es Henry Be.

“Cuando se involucra en el estudio de la filosofía del pasado, debe saber que se embarca en un viaje cuyo final está completamente oculto: no es probable que regrese a la orilla de su tiempo siendo el mismo hombre que la dejó”.

Leo Strauss

A mis padres.

AGRADECIMIENTOS

Este libro tiene su origen en una investigación doctoral realizada bajo la dirección de la Dra. Margarita Mauri, a quien agradezco su guía atenta y sus valiosas correcciones a lo largo de mis estudios, así como su ejemplo de rigor académico, de precisión en el trabajo intelectual y de compromiso con la verdad. Durante los años dedicados al estudio de Leo Strauss, también encontré orientación y consejo en el maestro Gregorio Luri, cuyas reflexiones me ayudaron a pensar mejor las cosas humanas y a orientarme en el complejo mundo de la filosofía straussiana. Mi estudio se benefició notablemente de su generosidad a la hora de compartir conversaciones y pensamientos. Asimismo, mi investigación sobre Strauss encontró amparo en las conversaciones compartidas con el Círculo Hermenéutico Estraussiano de Les Planes, una prueba incontestable de que la filosofía es inseparable de la amistad. Finalmente, quisiera agradecer el soporte recibido por parte de la línea de investigación FiloCultura, del *Research Group on Smart Society* de La Salle - Universitat Ramon Llull. Su apoyo en los compases finales de esta investigación ha hecho posible la existencia del libro que el lector tiene entre manos.

*

*

La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha sido realizada mediante fondos procedentes del Departamento de Investigación y Universidades de la Generalitat de Catalunya y la Universitat Ramon Llull.

Algunas de las reflexiones de este estudio aparecieron previa y parcialmente en: “En defensa del Gran diálogo. Leo Strauss y los fundamentos filosóficos de una educación liberal basada en los grandes libros”, en *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, vol. 35 (2025) 1, pp. 231-246; “Volver a leer inocentemente: una crítica a la hermenéutica historicista desde el pensamiento de Leo Strauss”, en *Cuadernos salmantinos de filosofía*, vol. 52 (2025), pp. 255-279; “¿Leo Strauss como epicúreo?”, en *Pensamiento*, vol. 80 (2024), núm. 311, pp. 1119-1136. Agradezco a estas publicaciones académicas el uso de los citados materiales.

ÍNDICE

I. ¿POR QUÉ DEBERÍAMOS LEER EL PASADO?	13
II. LEO STRAUSS (1899-1973)	27
III. LA RECUPERACIÓN DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA EN SU SENTIDO ORIGINAL	31
IV. EL FILÓSOFO Y LA CIUDAD: EL CONFLICTO ENTRE LA VIDA FILOSÓFICA Y LA VIDA POLÍTICA	93
V. EL <i>GRAN DIÁLOGO</i> Y LA DEFENSA DE UNA EDUCACIÓN LIBERAL	117
VI. LEER FILOSÓFICAMENTE O LA HERMENÉUTICA STRAUSSIANA	153
VII. EL LEGADO DE LEO STRAUSS	191
VIII. BIBLIOGRAFÍA	209

I. ¿POR QUÉ DEBERÍAMOS LEER EL PASADO?

Un consejo desde los confines del tiempo

En el siglo II, un viajero llamado Pausanias escribió un relato sobre los mejores lugares del mundo griego, por aquel entonces sometido a los designios de Roma. Entre los enclaves descritos por el citado peregrino, se encontraba uno de los espacios más sagrados para cualquier griego: el templo de Apolo en Delfos, a cuya memoria sin embargo el viajero no dedicó demasiadas líneas. A pesar de ello, sí que dejó para la posteridad una anécdota significativa: en el vestíbulo del templo había inscritos algunos dichos elocuentes para guiar una vida humana, sentencias que se atribuían a los llamados siete sabios de Grecia. Una de esas máximas rezaba: “Conócete a ti mismo”¹.

La cultura griega que describía Pausanias había dado una gran importancia al consejo inscrito en ese lugar sagrado y, de hecho, no hubo filósofo clásico que no entendiera que todo conocimiento genuino debe empezar por el conocimiento de uno mismo. A los antiguos les seguirían los mejores exponentes de nuestra cultura occidental, cuyas grandes mentes siempre supieron que no hay crecimiento personal sin mapeado previo de nuestra alma, ni auténtica felicidad posible en la ignorancia de uno mismo.

Lectura y amistad

Uno de los primeros filósofos que insistió en la importancia de conocerse a uno mismo fue Sócrates de Atenas, precisamente alguien a quien, por el reconocimiento de su propia ignorancia, el Oráculo de Delfos

¹ PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*. Madrid: Gredos, 1994. X-24.

consideró el hombre más sabio de toda Grecia. Pensador que no dejó nada por escrito, lo conocemos especialmente por el testimonio de dos de sus discípulos, Jenofonte y Platón. También por la crítica que recibió por parte de uno de sus rivales, el poeta Aristófanes, cuya obra *Las nubes* tuvo un efecto para nada positivo en el destino del filósofo ateniense.

Los testimonios favorables de Platón y de Jenofonte nos presentan a su maestro como alguien que dedicaba sus días y sus horas a pasear por la Atenas del siglo V a.C., no desaprovechando jamás la posibilidad de conversar con quienes estaban preparados y dispuestos a aceptar el reto. Desde entonces, la filosofía mediante el diálogo tiene un padre indiscutible. La conversación era el camino –el método– con el que Sócrates creía posible desarrollar esa vida examinada que siempre consideró como la mejor vida posible, incluso en los compases más dramáticos de su existencia, cuando fue acusado, juzgado y tuvo que defenderse ante el pueblo de Atenas².

Esa vida examinada consistía en poner a prueba las propias opiniones, a menudo poco fundadas, sobre los asuntos más relevantes, en un intento de sustituir esas mismas opiniones por conocimiento bien argumentado. Porque, si somos conscientes de nuestra ignorancia sobre las cuestiones más importantes, ¿qué podría ser más decisivo que buscar el conocimiento sobre ellas? Ciertamente, en este proceso podríamos descubrir que el conocimiento no es lo más importante o necesario para el ser humano, pero habría sido la filosofía quien nos habría dado esta lección³. Así, nuestra falta de conocimiento sobre lo más decisivo sería una buena razón para convertir la búsqueda del saber en la actividad fundamental de nuestras vidas.

A pesar de la imagen de Sócrates como el filósofo que no escribía, sino que únicamente conversaba, no debe subestimarse la importancia

² PLATÓN, *Diálogos I*. Madrid: Gredos, 1985. 38a.

³ STRAUSS, L., *Natural Right and History*. Chicago and London: The University of Chicago Press, 1965. P. 36.

que la lectura tuvo en esa misma manera de hacer filosofía, en ese camino para examinarnos a nosotros mismos. Las conversaciones de Sócrates están llenas de continuas referencias a lo defendido por poetas y filósofos⁴ y sabemos, gracias a Jenofonte, que su maestro valoraba altamente las enseñanzas que residían en los textos:

“Yo mismo, Antifonte, lo mismo que a otros les gusta un buen caballo, un perro o un pájaro, a mí me gustan más los buenos amigos y, si sé algo bueno, se lo enseño y los pongo en relación con otros que pienso que podrán serles provechosos para su virtud. Los tesoros que los antiguos sabios dejaron escritos en libros yo los desenrollo y los recorro en compañía de mis amigos y, si encontramos algo bueno, lo seleccionamos. Consideramos un gran beneficio hacernos amigos unos de otros.”⁵

Quizás esta sea una de las primeras referencias de nuestra tradición occidental donde filosofía, educación, amistad y lectura se entremezclan, en una unión que constituyó la esencia del humanismo como forma de entender la persona y su relación con el mundo. El filósofo que defendía la necesidad fundamental de conocerse a uno mismo compartía las enseñanzas de los libros antiguos con sus amigos, y lo hacía porque estas eran tesoros que enriquecían a quienes los poseían. Porque eran caminos hacia la virtud. Pero no únicamente por esto: atender a lo que habían dicho otros era útil en el camino hacia el conocimiento, aunque no se estuviera de acuerdo con ellos. En Platón, podemos observar a Sócrates afirmando la pertinencia de esta consideración con una metáfora: “se suele decir que es justo prestar oídos al lobo”⁶.

⁴ PLATÓN, *Diálogos III*. Madrid: Gredos, 1988. 85b.

⁵ JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates*. Madrid: Gredos, 1993. I, 5, 14.

⁶ PLATÓN, *Diálogos III*. Madrid: Gredos, 1988. 272c.

En las antiguas cortes de los antiguos hombres

En 1513, Nicolás Maquiavelo escribió una carta al embajador florentino en Roma, Francesco Vettori. Quien se convertiría en el filósofo más célebre del Renacimiento italiano se encontraba, por aquel entonces, en una situación especialmente delicada. Un año antes había perdido su cargo como secretario en la cancillería de la República de Florencia: la caída del régimen republicano en su ciudad y el retorno de los Médici habían conducido a su destierro. Desde entonces se había retirado al sur, a su villa en San Casciano, donde escribiría sus grandes obras.

En la citada epístola, Maquiavelo le cuenta a Vettori cómo vive sus días alejado de la política y del ajetreo de su Florencia natal. En lo que se ha convertido en una de las descripciones más famosas de la historia intelectual, el autor de *El príncipe* habla de sus trabajos diarios en el campo y de sus visitas a la hostería local, donde se alimenta de los relatos que le cuentan los viajeros. Las tardes las pasa jugando a las cartas con gente humilde, desahogando con insultos y gritos la amargura que le causa su triste y difícil situación personal. Pero llegada la noche todo cambia. Maquiavelo vuelve a su villa, entra en su escritorio y, en el mismísimo umbral de la puerta, se deshace de las ropas del día, sucias del barro propio de la vida campestre. Luego, se viste elegantemente para entrar “en las antiguas cortes de los antiguos hombres”, donde es recibido amistosamente y puede nutrirse de un alimento que solo es suyo y para el que nació.

Con estas palabras, Maquiavelo se refería a la lectura de los textos antiguos, a los que dedicaba varias horas cada noche y que le causaban el alejamiento de toda pesadumbre y preocupación⁷. En esos libros esperaba aprender algo de la máxima importancia.

⁷ MAQUIAVELO, N., *Antología*. Barcelona: Península, 2009. Pp. 395-396.

Leer en el final de la modernidad

Siglos más tarde y un poco más al norte, otro gran lector se describiría a sí mismo como un filólogo. Con este epíteto no se refería a nuestras actuales concepciones sobre dicha disciplina. Para él, ser filólogo equivalía a ser un “maestro de la lectura pausada”. En un siglo XIX movido por las prisas, aquel filólogo reclamaba tomarse tiempo, serenarse y hacerse lento ante la palabra, como si esta fuera la materia en manos de un orfebre que sabe que su trabajo solo puede alcanzar la excelencia si es con ritmo tranquilo. A su vez, defendía con pasión el aprendizaje del *leer bien*, que no implicaba nada más ni nada menos que saber *leer lento*, con profundidad, cuidado y segundas intenciones. El autor de aquel elogio de la lectura lenta no era otro que Friedrich Nietzsche, que reclamaba a sus lectores: “¡Aprended, pues, a leerme bien!”⁸

Hace tiempo que dejamos de hablar así y, especialmente, de hablar así de la lectura. La pasión y reverencia hacia las grandes obras de nuestra tradición se desvanecen paulatinamente, quedando reservadas ya a grupos minoritarios cada vez más distanciados del corriente común del clima cultural de nuestro tiempo. Nada de esto es gratuito y tiene que ver con algo mucho más profundo que el *tempo* de una época tecnológica que ha olvidado que lo más humano es ser capaz de parar.

Más bien parece ser la propia evolución del pensamiento moderno y su relación con la realidad política la que nos ha llevado a la actual condición de nuestras circunstancias. ¿Cómo podemos seguir hablando de *grandes libros* y de sus lecciones enriquecedoras después del siglo XX? Después de una centuria en que la filosofía llegó a la conclusión de que la razón ya no servía para guiar éticamente al hombre. Después de esa época en que nuestras sociedades, las comunidades del humanismo formadas en la lectura durante siglos, protagonizasen las peores atrocidades que ha conocido la humanidad. Parece imposible, después de la barbarie

⁸ NIETZSCHE, F., *Daybreak*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997. P. 5.

vivida, seguir hablando como lo hacían los humanistas –elogiando la lectura como medio de formación que completa nuestra naturaleza, alejándonos de la barbarie y acercándonos a la virtud.

Fueron reflexiones como estas las que planteó el filósofo alemán Peter Sloterdijk en una célebre conferencia en el castillo de Elmau, al pie de los Alpes de Baviera, en 1999. Con su característico estilo provocador habló del humanismo, entendiéndolo como una invitación a la amistad fundada en la lectura de las grandes obras⁹. Había sido este humanismo el que habría conformado las naciones europeas a través de lecturas comunes, haciendo de nuestras comunidades productos literarios basados en las ficciones de una amistad sustentada en un canon libresco común. La tesis de la conferencia de Sloterdijk era que, después del siglo XX y de sus innovaciones técnicas, el humanismo entendido de este modo había perdido su capacidad para cumplir con su función ancestral. La lectura ya no era capaz de crear síntesis políticas y culturales por mucho que la literatura siguiera siendo importante. La ilusión de unas naciones construidas como si fueran sociedades literarias unidas por una amistad fundada en la palabra escrita había terminado.

Pero para Sloterdijk los límites del humanismo no quedaban ahí. La tesis educativa que había fundamentado la devoción por los libros también había sido puesta en duda. Ya no podíamos estar seguros de que “una lectura adecuada amansa”¹⁰. El intento de domesticación del ser humano perpetrado durante siglos por el humanismo había quedado en entredicho.

Detrás de las tesis de Sloterdijk se escondía una profunda consciencia de la evolución filosófica de la modernidad tardía y, especialmente, del papel que tuvo en ella uno de sus mayores pensadores: Martin Heidegger. Sin las reflexiones de Heidegger sobre la relación entre el ser y el tiempo

⁹ SLOTERDIJK, P., *Normas para el parque humano*. Madrid: Ciruela, 2006.

¹⁰ Ibid. P. 32-34.

difícilmente pueden comprenderse las dificultades actuales por las que pasa la defensa de la lectura del pasado, entendida como mecanismo de educación del ser humano en tanto que ser humano.

El valor de los grandes libros en una época historicista

Precisamente siguiendo la estela de Heidegger y su defensa de la historicidad humana, autores como Richard Rorty han asegurado que la lectura entendida como el contacto con un conjunto de cuestiones fundamentales humanas es, sencillamente, una calamidad a la hora de entender el pasado. El carácter histórico de toda consciencia humana, así como el estudio de la historia, más bien constatan la diferencia fundamental entre las cuestiones del pasado y las nuestras¹¹.

En una misma línea habla uno de los historiadores del pensamiento más importantes de nuestro tiempo, Quentin Skinner. Para él, no existen problemas permanentes sobre los que podamos aprender en las lecturas de los grandes textos. El legado del estudio del pensamiento pasado sería, más bien, el aprendizaje de la variedad de problemas y opiniones humanos, esto es, la consciencia de que algunas de las creencias que creíamos necesarias en realidad no lo son¹². Posiciones como las de Rorty y Skinner no pueden entenderse sin el énfasis de la filosofía contemporánea en la relación determinante entre persona, lenguaje e historia, defendida por filósofos como Heidegger o Ludwig Wittgenstein.

Un tiempo que cree que todo pensamiento está indisolublemente determinado por el momento histórico y sus usos lingüísticos no puede

¹¹ RORTY, R., "The Historiography of Philosophy: Four Genres" en RORTY, R., SCHNEEWIND, Q., *Philosophy in History: Essays on the Historiography of Philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984. Pp. 49-76. Pp. 62-63.

¹² SKINNER, Q., "Meaning and understanding in the history of ideas" en *Visions of Politics I. Regarding Method*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. Pp. 57-89. Pp. 88-89.

esperar lo mismo que esperaron los humanistas de nuestra tradición. Sin posibilidad de trascendencia contextual, la idea de la historia de la filosofía como un *gran diálogo* del que podemos aprender sobre nosotros mismos se aleja a gran velocidad. Y si a esta idea le añadimos, a pesar del riesgo de una cierta contradicción, la consciencia en el progreso intelectual humano, las dificultades se hacen aún mayores. Una época que cree ser la punta de lanza de la civilización poco tiene que aprender de la mirada al pasado y a sus consejos. En estas condiciones, la historia de la filosofía se vuelve poco más que una actividad para satisfacer curiosidades arqueológicas.

Así las cosas, es fácil comprender el estado actual del valor que nuestro mundo da a la lectura de las grandes obras de la tradición. Sin embargo, ¿es esta, realmente, la muy limitada expectativa que podemos tener de las palabras de los que nos precedieron? Quienes sentimos amor por el conocimiento debemos hacernos esta pregunta. Porque de su respuesta depende, no únicamente el juicio sobre un amor que podría ser la estimación de una simple ilusión, sino la consideración sobre algo tan importante como es la educación del ser humano. Es más, ¿es realmente nuestra época superior? Cuando observamos nuestras dificultades individuales y políticas, la duda conquista un terreno legítimo. En consecuencia, parece justificado volverse a preguntar, seriamente, si el punto al que nos ha conducido la filosofía moderna y la actual situación de la lectura del pasado son resultados inevitables o existen alternativas a nuestra situación. En otras palabras, parece justificado volverse a preguntar: “¿qué podemos esperar de la lectura del pasado?”

En busca del valor de la lectura

Sabemos que la filosofía tiñe de radicalidad toda reflexión –siempre buscando la raíz de lo que anhela conocer. Así pues, es razonable seguir dicho ejemplo en nuestra pregunta por el valor de la historia de la filosofía. Si nos preguntamos “¿por qué debemos leer a los filósofos del

pasado?”, hay que aceptar que la sinceridad de nuestra pregunta exige admitir con honestidad nuestra falta de respuestas a la misma. Porque los inicios del pensamiento nos recuerdan que no puede haber amor hacia el conocimiento si se considera que dicho conocimiento ya se posee. Debemos partir de cero y admitir todas las posibilidades como *posibilidades*.

La pregunta con la que este libro comienza fue, en realidad, la pregunta con la que topó un joven aspirante a historiador de las ideas que se encontró, de repente, reflexionando sobre las posibilidades de sus propios quehaceres. Las respuestas a la pregunta estaban disponibles incluso antes de pronunciarla, precisamente porque eran respuestas con las que yo había crecido. Como tantos otros, había sido educado en la tesis según la cual un pensador del pasado puede ser de gran ayuda para entender una determinada época, ya que en todo autor existe la huella de su tiempo –del que nunca escapa. Y si nunca escapaba, poco más se podía aprender del filósofo pretérito que su contribución concreta al discurrir de nuestra historia. Sin embargo y a pesar de mi sorpresa inicial, era necesario admitir que no disponía de razones sustanciales para afirmar dicha posición y que esta se había colado como una evidencia en mis análisis del pasado.

Fue la lectura de la obra Leo Strauss la que provocó la reflexión sobre esta situación y me invitó a buscar respuestas a preguntas que aparecían con sinceridad por primera vez. En Strauss encontré a un filósofo que se había tomado mi pregunta con toda la seriedad posible y cuya primera aportación, más que ninguna lección, era una invitación a pensar el citado interrogante.

Años después de aquel encuentro, la lectura de Strauss da como fruto este libro. A través de sus páginas, se pretende trasladar una invitación parecida a la que yo recibí de la obra de este autor, aunque la presente sea necesariamente mucho más modesta que aquella. Así, en los pensamientos siguientes el lector encontrará el esfuerzo por contribuir al

conocimiento de un filósofo que dedicó mucha atención, a través de sus palabras y de sus actos, a nuestra pregunta inicial: “¿por qué deberíamos leer a los filósofos del pasado?” Lo que mueve a este estudio es pensar esta pregunta y plantear algunas posibles respuestas con la ayuda de Leo Strauss.

Lejos de la presente intención queda entonces el propósito de ofrecer una biografía intelectual del autor, un proyecto de extrema dificultad que, por suerte, ya ha sido satisfecho con éxito, también en lengua castellana. Si el lector quisiera una perspectiva más amplia sobre Strauss, encontrará en los libros de Gregorio Luri¹³ o Daniel Tanguay¹⁴ magníficas biografías sobre este autor. En las páginas siguientes se ofrece un proyecto mucho más modesto, centrado en reivindicar un Leo Strauss que fue, por encima de todo, un maestro en la más alta forma de educación –la filosofía. Una forma de educación que, en un tiempo como el nuestro, únicamente podía *aprenderse leyendo*. Así, la reflexión que empieza aquí no trazará el complejo conjunto de influencias recibidas por el autor, ni tampoco pretenderá reseguir su evolución intelectual. El hilo seguido será únicamente el del valor de la lectura en la obra de madurez de este autor. Un hilo que se recorrerá mediante un comentario lento y detallado que aspirar a ser fiel al modo de leer de quien ahora es leído.

El estudio de Strauss supone, en muchos aspectos, lo mismo que el estudio de los filósofos del pasado tal y como este autor lo entendió. En el transcurso de este estudio la persona experimenta un cambio profundo. Las razones de dicha experiencia se explicarán a su debido tiempo, aunque es preciso avanzar que tienen relación con la capacidad de la obra

¹³ LURI, G., *Erotismo y Prudencia. Biografía intelectual de Leo Strauss*. Madrid: Encuentro, 2012. La de Luri es, sin lugar a dudas, la biografía mejor documentada sobre las relaciones de Strauss con el entorno intelectual de su momento, con constantes referencias a toda una generación de pensadores que marcaron profundamente la filosofía del siglo XX y con quienes Strauss tuvo contacto.

¹⁴ TANGUAY, D., *Leo Strauss: An Intellectual Biography*. New Haven and London: Yale University Press, 2007.

straussiana para abrir mundo. Estudiar a este filósofo judío nacido en Alemania supone un esfuerzo por familiarizarse con la variedad notable de autores que él estudió y conoció bien. También supone adentrarse en una escritura que, por razones que también deberán explicarse, fue deliberadamente ambigua. Strauss fue, ante todo, un lector astuto de textos filosóficos que dejó sus propias aportaciones escondidas entre sus comentarios a otros autores. Así, la gran dificultad del estudioso de Strauss consiste en saber dónde termina el comentario y empieza el propio pensamiento straussiano. Tal vez sea esta complejidad la que ha contribuido a aumentar las polémicas que rodean su obra y que han llegado mucho más allá del mundo académico, para convertir a este autor en el centro de un debate periodístico y político muy importante en Estados Unidos¹⁵.

Conscientes del hecho de que no podemos criticar sus lecturas, cosa que requeriría la singular familiaridad con el mismo número de lenguas y autores que Strauss conocía, este estudio no intentará rivalizar con las interpretaciones históricas del autor. Su intención es contribuir al conocimiento de lo que Strauss pensaba y, esta vez sí, ofrecer una interpretación adecuada de lo que aprendió de los autores del pasado. Se hará mediante un comentario straussiano a la obra de Strauss, es decir, tomando mucha atención a la literalidad de sus textos. Como se intentará defender, contribuir al conocimiento de la obra de Strauss es contribuir a la defensa del valor de la lectura filosófica.

En el transcurso de dicho esfuerzo, se abordarán las cuestiones que, en el complejo mapa del pensamiento straussiano, mantienen una relación más directa con la cuestión del valor filosófico de la lectura del pasado. Así, después de una breve semblanza biográfica, se empezará por las lecciones que Strauss obtuvo de sus lecturas de los antiguos y que le

¹⁵ Debate especialmente suscitado por la relación que algunos autores han establecido entre Strauss y el movimiento neoconservador estadounidense. Véase, especialmente, DRURY, S.B., *The Political Ideas of Leo Strauss*. Updated Edition. New York: MacMillan, 2005 (Ed. Or. 1988) y DRURY, S.B., *Leo Strauss and the American Right*. New York: Saint Martin's Press, 1999. En el transcurso de este estudio se dará respuesta a esta cuestión.

convirtieron en un filósofo socrático-platónico muy particular, con una visión ya olvidada de la relación que existe entre la filosofía genuina y las comunidades políticas donde esta aparece. A continuación, nuestra atención volverá de nuevo a la lectura de los grandes filósofos a través de una reflexión sobre el tipo de educación que Strauss derivó de su concepción filosófica –la llamada “educación liberal”. Seguidamente, se contemplará cómo debe practicarse esta educación que tiene forma de lectura –esto es, se hablará de la hermenéutica straussiana. El estudio acabará remarcando que todas las cuestiones tratadas en estas páginas conducen a una lección política: la filosofía straussiana nos invita a un conservadurismo que debería ser considerado con atención ante los retos de nuestro presente.

*

*

*

*

Antes de proseguir, es imprescindible dejar claro cómo se ha realizado la lectura de la obra de Strauss. Uno de los principales debates alrededor de sus textos ha sido aquel que versa sobre si Strauss practicó la llamada "escritura entre líneas". Es claro que el autor redescubrió en los autores del pasado un arte de lectura y de escritura que tenía que ver con concepciones filosóficas propias, especialmente, de los tiempos premodernos y que pedía del filósofo poner en práctica la moderación a la hora de trasladar su pensamiento¹⁶. En el capítulo dedicado a las cuestiones hermenéuticas se abordará cómo hay que entender esta descubierta y si Strauss imitó o no esta forma de escribir. Por ahora, y con tal de dejar constancia por avanzado del criterio de lectura que se ha seguido, conviene afirmar que, a diferencia de lo que han defendido otros intérpretes,

¹⁶ La moderación del filósofo era fruto de la consciencia del hecho que la filosofía podía poner en peligro la estabilidad de las comunidades políticas donde esta filosofía aparecía. Hay ciertas lecciones que no se pueden pronunciar abiertamente porque podrían poner en situación de riesgo los fundamentos morales que toda comunidad necesita. Por esta razón, los filósofos practicaban una escritura que solo permitía el acceso a estas lecciones a los más capacitados, ofreciendo al mismo tiempo lecciones para el resto de lectores que contribuían a la estabilidad de la comunidad política.

en este estudio se ha considerado que Strauss no afirmó tesis con las que no estuviese de acuerdo –no hay mentira, por noble que pueda considerarse, en sus textos¹⁷. Sí que hay silencios, omisiones, falta de claridad y referencias poco explícitas, con la voluntad fundamentalmente pedagógica de invitar a pensar y, a su vez, de ser cuidadoso con las responsabilidades cívicas que él consideraba que toda escritura filosófica debía mantener. Ahora bien, no hay nada escondido en el texto straussiano que no se pueda percibir en la mirada atenta a la literalidad del texto –una literalidad que es sincera: "El problema inherente a la superficie de las cosas, y solo en la superficie de las cosas, es el corazón de las cosas."¹⁸

¹⁷ Las razones de este posicionamiento serán argumentadas debidamente en el capítulo sobre las cuestiones hermenéuticas. Se ha escogido esta forma de proceder porque los argumentos sobre la escritura que practicó Strauss no se pueden separar de la extensa reflexión del autor sobre la lectura de los textos del pasado, reflexión que a su vez será comprendida con mayor claridad después de exponer las ideas straussianas sobre la educación liberal y la filosofía.

¹⁸ STRAUSS, L., *Thoughts on Machiavelli*. Glencoe (Illinois): The Free Press, 1958. P. 13.